

de decírmelo. Pues supón que fuese verdad. Una mujer que teme a Dios... ¡mira que hablo seriamente! tiene que querer a su marido... y yo he resuelto querer al mío... o morir. Estoy completamente segura de que si no consigo llegar a quererle tanto que lo confieses tú mismo... me muero. Solo con que puedan los extraños dudar de ese cariño, me convenzo de que he obrado mal hasta hoy. Yo me he obligado solemnemente a *quererle*, en presencia de quien no olvida las promesas ni consiente los perjurios. No le debo tan sólo fidelidad, sino *amor*, y... en ese punto... Por eso me irrito cuando me llamas *santa*. ¡Bonita *santa* estoy! ¡La burla que tendrás hecha de mí! Pero ya se acabó... No has de reírte.

No sabía qué replicar. Contra aquella mujer no tenía argumentos. En el fondo de mi conciencia, su sacrificio me parecía unas veces hueco y vano, otras admirable y sublime; unas veces quitesentado, artificioso y estéril, otras espontáneo, heroico y provechosísimo a la moralidad de las generaciones futuras. Era mi doble naturaleza presentándome el pro y el contra de la idea del matrimonio cristiano; eran el tradicionalista y el racionalista que yo llevaba en mí, enzarzados y arañándose.

—¿Sabes—prosiguió ella—lo primero que conviene hacer cuando quiere uno ir derecho por el buen camino? Apartar estorbos y tropiezos. Por eso te repito que no basta haberte salido de casa, sino que es necesario no venir por aquí mucho, y menos cuando Felipe no esté. Ni es decoroso ni conveniente; compréndelo tú mismo y valdrá más.

El decreto no me sobrecogió. Lo esperaba. Estaba seguro de que Carmen había de parapetarse tras ese muro de papel que consiste en alejar materialmente a un hombre, cuando ese hombre no ignora que es querido. El destierro importaba poco: no así aquella bizarría de la voluntad, nunca vencida, que en el propio sufrimiento buscaba nuevos bríos...

—Bien—murmuré tomando el sombrero.—Me hechas de tu casa, sin tener en cuenta lo respetuoso que ha sido siempre mi porte contigo y la consideración absoluta que te he guardado. Creo que me harás justicia confesando que no me he extralimitado nunca. Te veía abatida y lastimada, y aspiraba a servirte de consuelo. No me lo permites. Pues como lo que está dentro del alma a la cara tiene que salir, yo te digo que, no pudiendo verte de cerca ni un minuto, haré lastonterías que son naturales: te seguiré cuando salgas, te pasearé la calle, y en el teatro te miraré.

—No harás eso—respondió—porque como yo no daré pábulo, la gente te tomará por loco.

—He pensado muchas veces si lo estaré—respondí en un acceso de lirismo, sintiendo que el corazón se me ablandaba como mantequilla en verano.—Otras me parece que tú no estás tampoco en tu sano juicio. Ese plan de querer a tu marido o morir... verás mi franqueza... es hermoso muy hermoso: ni presumes toda la hermosura que encierra. Solo que es la hermosura de la enajenación mental. ¿Has leído el *Quijote*? Pues eso... pues eso. Eres un quijote hembra. Me despides... ¡Te acordarás de mí! Me barres... Tu corazón me recojerá. Adiós, por segunda vez te lo digo... Soy profeta. Al tiempo.

Me lancé a la calle y paseé sin rumbo, yendo a dar con mi cuerpo en un banco de la Alameda, a tales horas solitaria. La sombra de los árboles gigantes, la frescura, la perspectiva del río, debieran recrearme; pero ni observé el cuadro. Mi idea fija me vedaba la contemplación de la naturaleza. Cada derrota exaltaba más mi espíritu; cada demostración palmaria de la fortaleza moral de tí me dejaba más ilusionado, más convencido de que en ella, y solo en ella, se cifraba la perfección femenina. Y por otro lado se me representaban claramente las dificultades, los tropiezos hasta la esterilidad de la aspiración, que, a poder ser cumplida y satisfecha, no dejaría en pos de sí

más que drama, conflicto, vergüenza y dolor para aquella misma mujer a quien yo intentaba subir al pináculo y a la cual deseaba tantos bienes y glorias.

Devanando estos pensamientos, atravesaba las fiestas de la Peregrina sin advertir su bullicio mareante. Para mí, ni los paseos en la Alameda, con su música y sus señoritas vestidas de alegres colores veraniegos, ni el teatro con su compañía de zarzuela que nos brindaba *La Mascota* por décima vez, ni las funciones de iglesia, ni los bailes de los círculos de recreo, nada, en fin, de lo que compone el programa de unos festejos provincianos, tenía el menor atractivo, como no me sirviese de pretexto para ver a mi títí, aunque solo fuera de paso; ¡verla pasar con su marido, descolorida, desmejorado, triste, fea para todos, menos para mí!

En el paseo sorteaba las vueltas para cruzarme con ella una vez más. En los templos por la mañana solía encontrarla, y mientras ella oía misa, rezaba o leía en su libro, yo allí me dejaba estar, hasta que mis amigos y mi madre misma se enteraron—pues en los pueblos cunde rápidamente la más insignificante noticia—de que frecuentaba las iglesias, y me dieron broma con mi devoción, suponiendo que alguna linda muchacha era el imán que me atraía. En el teatro, mientras me suponían absorto en la contemplación de tal o cual señoritinga de las que descollaban por su palmito o su elegancia en el vestíbulo, yo miraba furtivamente hacia aquel palco platea donde la mujer de mi tío se sentaba modestamente vestida, peinada sin pretensiones, compuesta y grave en su actitud. ¿Notó ella que la miraba? ¿Volvió la cabeza hacia donde me encontrase? Mentiría si dijera que no. La volvió, en efecto y varias veces, con disimulo, pero con una especie de angustia. Probablemente aquel movimiento solo quería decir: «Sobrino, a ver si me comprometes.»

Moviéndose aquellos días de los festejos gran zala-

guarda en Pontevedra: la pugna entre mi tío y Dochán alcanzaba su plenitud, y sobreexcitada por la presencia de los beligerantes, daba lugar a una guerra horrible de personalidades y de ataques groseros, ya dirigidos a cara descubierta. *El Teucrense* y *La Aurora de Helenes* eran los puestos estratégicos elegidos por los combatientes para disparar desde allí contra el enemigo. Organo *El Teucrense* de mi tío, había llegado al extremo de acusar sin rebozo a Dochán de acciones penadas por el Código, no siendo de las menos graves la de haberse llevado a su casa muebles comprados para alhajar los salones de la Diputación. Había cierto sofá, ciertas cortinas y cierta alfombra a que *El Teucrense* no cesaba de sacudir el polvo. Los dochanistas, en cambio, imputaban a los de mi tío enjuagues mayúsculos: y como el cadáver a flor del agua, tornaban a subir a la revuelta superficie de la política local los chanchullos viejos y enterrados, los que ya han prescrito, los que en Madrid ni vuelven a nombrarse—los solares expropiados, por ejemplo.—Pero todavía estas armas, con ser de tan envenenado filo, no bastaban a los dochanistas, que empezaban a inmiscuirse en la vida privada, hablando del objeto de don Felipe Unceta al casarse con la hija de «un propietario rico;» de cómo las segundas nupcias del suegro le «reventaban;» de la inquina entre el yerno, el suegro y el cuñado; y, por último, deslizando insinuaciones sobre malos tratamientos a la esposa, basadas en la decadencia física de ésta... A todo se aludía en aquellos momentos, excepto a lo que verdaderamente existía en el fondo de mi alma y en el de la pobre títí... Es que los malignos y los maldicientes, en fuerza del propio instinto dañino que les guía y de la brutalidad de su saña, no toman en cuenta los móviles puramente sentimentales de la humana conducta, ni las delicadezas psíquicas, y llegan a tener ojos y no ver, a tener oídos y no oír. Ante aquella mujer modesta, retraída, apenas enga-

lanada, desmejorada y flacucha, tipo enteramente opuesto al de la adúltera de melodrama que pintan los artículos morales y los folletines, nadie se imaginaba, ni por asomos, que le saltase el corazón en el pecho cuando veía pasar a un alumno de ingenieros, sobrino de su marido, ni que este sobrino se encontrase pronto a dar por ella el porvenir entero y a mirar con indiferencia al resto de las mujeres. ¡Ah! ¡Si pudiesen sospecharlo! ¡Qué hallazgo para la fracción Dochán!

Aunque mi tío aparentase gran serenidad y soberano desdén (estilo político aprendido en Madrid) hacía las pestilentes habladurías de *La Aurora*, yo comprendía que le llegaban al alma, y de puertas adentro le veía exasperado, acentuando más la acritud y desigualdad de carácter ya demostrada en Madrid; cosa rara, pues la ecuanimidad de mi tío era en otros tiempos forma propia de su índole cautelosa y prudente. En Pontevedra se susurraba que el ataque de erisipela había sido muy grave, y hasta se lanzaban ciertas especies que no es lícito repetir ni estampar, calumniando su conducta y atribuyéndole libertinaje desenfrenado. Particularmente los dochanistas subrayaban con atroz malignidad aquello de «¿No sabe usted? Estuvo en la Toja temporada larga; veinte días lo menos.» Observando a mi tío, no pude menos de advertir en él muy graduado el decaimiento físico, cuyos primeros síntomas habíamos advertido casi a la vez la señorita de Barrientos y yo. Dos o tres veces vino a vernos quejándose de inapetencia, y diciendo a mi madre: «Benigna, mujer, hazme unas papas a tu modo... así como en la aldea... a ver si me despiertan el estómago.» Al pronto, el plato humeante le atraía, y abriendo un boquete en la harina de maíz, derramaba en él la leche y se preparaba a devorar; pero a la segunda cucharada se le acababa el apetito. «No hay cosa que me guste. Tengo además un cansancio... ¡si vieses! Y me parece que debo de

haber enflaquecido. Los pantalones se me caen». Al formular estas quejas el hebreo, mi madre le miraba fijamente, con viva expresión de inteligente curiosidad. Los ojos de mamá hablaban, querían decir algo importantísimo y luego... chitón. Una circunstancia me extrañó entonces, y fué advertir cómo mi madre apartaba cuidadosamente el vaso, el plato, la servilleta y los cubiertos de que se había servido mi tío, y los encerraba en el aparador bajo llave. Cierta día que la criada tocó a aquel depósito, la echó mi madre una chillería muy fiera. «Tengo dicho que ahí no... Eso es para D. Felipe. . Hay tazas de sobra en el alzadero, mujer».

No obstante, al llegar a su plenitud los festejos, en el estado de mi tío se verificó un cambio favorable: le vi repentinamente alegre y animado; aseguró que recobraba el apetito; y no sé si por esto o porque era inminente la llegada de D. Apolo Añejo, a quien él mismo había invitado a presidir el Certamen, con el fin de dar en la cabeza a Pimentel y a los sotopeñistas, se lanzó de nuevo al combate contra Dochán, y se exhibió mucho, en compañía de su esposa, en calles, paseos y diversiones.

De D. Apolo Añejo se habló bastante aquellos días en Pontevedra, discutiéndose con osadía sus méritos y aptitudes para presidir nada menos que un Certamen local. ¡Notoria injusticia, regatear siquiera a tan perinclito varón la palma, ya mustia por la edad, y el laurel, más seco que el de los vasos de cocina, sancionados por cincuenta años de consecuencia literaria, de fidelidad a la escuela poética, cuyo busilis está en nombrar las cosas de un modo absolutamente contrario a como las nombra todo el mundo, llamando al agua *linfa*; a los vasos, *cráteras*; al café, *haba insomnifera*; y al té, *salutifera sinense droga*! Ni eran tan fósiles las rimas de D. Apolo, que no le hubiesen servido de escalón para trepar a ciertos puestos administrativos, y aun una penumbra

política, donde se mantenía, no sin fruto. Diríase a primera vista que para don Apolo había de ser un compromiso el discurso del Certamen; pero el clásico vate lograba ocultar tan diestramente su ignorancia en casi todas las cuestiones humanas y divinas, que esperábamos que sucediese lo mismo en los Juegos florales de Helenes.

Mi tío se multiplicaba a todas horas (frase tomada de una crónica de *El Teucrense*) para organizar una lucida recepción a don Apolo. Los dochanistas le creaban mil dificultades. Ya se entendían con el director del orfeón «Ecos del Lerez», a fin de que no se prestase a dar serenata al señor de Añejo; ya intrigaban en el Casino suscitando obstáculos a la velada literaria en su honor; ya excitaban el amor propio regional en pro de Lupericio Pimentel, al cabo hijo del país, y más acreedor a que se le confiase la presidencia del Certamen. Sin embargo, la llegada de don Apolo determinó un período de tregua; el amor propio urbano, el deseo de dejar bien a su ciudad, aplacaron el ánimo de los contendientes; el aspecto entonado del vate, sus medias palabras, recaladas y acentuadas con enigmáticas sonrisas, le conquistaron aprecio y consideración. Deshízose entonces la prensa, sin distinción de colores, en frases encomiásticas, y dió cuenta minuciosa de los pasos y movimientos del literato insigne: hoy había salido a la calle en compañía de Fulano y Mengano; a la tarde le tocaba extasiarse ante tal iglesia o ruina: a la noche es seguro que iría a «admirar» la iluminación de la Alameda: ayer se dejó decir que las pontevedresas son de canela y azúcar...

La mañana del Certamen--víspera de la función de la Divina Peregrina--reviví en cierto modo aquel mes del año anterior, en que se había verificado la boda de Carmen y principiado para mí la verdadera juventud con los primeros estremecimientos de la pasión. Por las calles de Pontevedra me encontré a Se-

rafin Espiña, tan lejos del sacerdocio como cuando le conocí; al Alcalde de San Andrés; al Ayudante de Marina, con toda su familia, mujer, cuñadas y mamonos; a D. Wescleslao Viñal, individuo del jurado, embutido en su levitón y dignificado con su chistera, y a Castro Mera, del jurado también, calzándose guantes color de zanahoria.

Y después vi entrar en el teatro, donde había de verificarse la literaria solemnidad, a una pareja que llamaba la atención, provocaba maliciosas risas, hacía volver la cabeza a todo el mundo y proyectaba con su sombra una silueta de caricatura. Eran el señor de Aldao, trémulo pocho con el labio colgante y los pies a rastra, y su esposa, hermoseedada, fresca, blanca como la leche, afinada ya, derecha y gentil, elegantemente vestida de seda lila a pintas negras, y luciendo su capotita de paja que guarnecía, emboscándose en los cabellos rubios, una rosa té. Iban de ganchete, y Cándida--he de confesarlo--no manifestaba ni descoco ni engreimiento con su nueva posición; sólo cierto gracioso aturdimiento infantil, que la indujo, cuando me vió, a amenazarme con el abanico, y a sonreírme con boca y ojos, mostrando unos dientes como piñones entre la cereza partida de los labios.

Yo no entré en el Certamen. Por ser de día y hallarse encendidas las luces todas, dentro reinaba un calor asfixiante, y no merecía la pena de arrostrarlo el oír la leyenda *Os Turtichaos*, en octavas reales y en dialecto, y premiada con un ejemplar de las *Obras de Cervantes*; el *Himno a Helenes*, tintero de plata; el *Romance a Nuestra Excelsa Patrona la Divina Peregrina*, florero de bronce y cristal... y otras obras destinadas al pozo del olvido, a pesar de que don Apolo las llamó *aromadas flores del poético vergel galaico*. Tampoco el discurso de Añejo, con sus disertaciones sobre el *gay saber* y los trovadores de la Edad Media, me seducía gran cosa. Yo sabía que

Carmen estaba allí; pero prefería verla al salir, que ahogarme y que aguantar el chaparrón de rimas laudadas. Y a propósito, ya que hago mi autobiografía, declararé que no profeso gran afición ni a los versos excelentes, y que los malos, del género Trinito, lejos de exaltarme la fantasía, me causan una especie de desprecio cómico y de reacción de prosaísmo. Tengo la arrogancia de creer que mi historia con Carriña Aldao es más poesía que el *Himno a Helenes*.

Al concluirse el discurso resonaron aplausos y salieron a la puerta unos cuantos espectadores, rendidos de calor, agradecidos a que la perorata sólo hubiese durado hora y media. Entre ellos venía el director de *El Teucrense*, que me tocó en el hombro.

—¿No sabe lo que acaba de hacer su tío?—me preguntó.—Se encuentra en los pasillos con el suegro y la mujer, y ni siquiera les saluda. No se habla de otra cosa en el teatro.

—¿Y el discurso de Añejo?

—¡Hombre!... Poquita voz, poquita gracia... unas palabras tan enrevesadas que casi no se entienden... Nos habló de los trovadores y de los troveros... nos dijo que caminásemos a la apoteosis de Galicia, haciendo muchos Certámenes por el estilo de éste que él preside... y nos encargó que no nos extraviásemos imitando a los *decadentistas... decadentistas*, así como suena. Yo no sé que en Pontevedra haya decadentista ninguno. Me parece que el público entendió: *dentistas*. Mañana en *El Teucrense* voy a ver si publico un extracto del discurso: por eso he tomado apuntes. Ahora vuelta al horno, a ver cuando dá fin esa lata de poesías. No nos llega la camisa al cuerpo, de miedo a que el autor de *Os Turrichaos* nos endilgue su leyenda sin perdonar octava. Esperamos que el Presidente pondrá coto a tamaño abuso. Si no, como decía el cura tartamudo, te... te... tenemos misita hasta las cu... cu... cuatro. ¿Qué hace usted ahí? Entre a oír los cantos de la Musa.

¡Entrar! Preferí darme una vuelta por el pueblo y volver a apostarme a la puerta cuando racionalmente supuse que faltaba poco para acabarse la función. Pero sin duda el autor de *Os Turrichaos* no había perdonado al público ni una octava, pues todavía esperé largo rato. Por fin empezó a vaciarse el local. Todo el mundo, al salir, respiraba como quien se ve libre de una carga enojosa: las fisonomías se dilataban al contacto del aire fresco, y el sol les infundía regocijo; había suspiros de satisfacción y voces que sonaban alegres, sacudiendo el enervamiento de la insufrible ceremonia. Salió Carmen entre su marido y don Apolo: al paso de este grupo la gente abría camino y oíanse murmullos de curiosidad.

## XII

Al otro día del Certamen se celebraba el baile del Casino. La titi asistiría, porque su marido la obligaba a exhibición continua mientras durasen las fiestas y fuese preciso imponerse y ganar prestigio contra los dochanistas. Me preparé a concurrir también al *festival* (así decía *La Aurora*), y a las diez ya vagaba como alma en pena al través de aquellos salones, no ocupados a la sazón sino por el Presidente y algún individuo de la directiva, que daban los últimos toques a la decoración y se enteraban de cómo andáramos de flores, polvos de arroz y horquillas en el tocador, «digno de *Las mil y una noches*,» afirmación de *La Aurora* también.

Empezó a acudir la gente en pelotones, pues es raro que en bailes de provincia entre una familia sola, antes suelen reunirse para arrostrar la situación desairada de los primeros momentos. Divanes y banquetas fueron alegrándose con los colores delicados del traje de las señoritas, y al tocar la orquesta la